

interés de nuestro relato guardar cierto misterio acerca de lo que á esta joven le pasó en Oaxaca, de donde como sabe ya el lector, vino á México en el polvo de la revolución y en los brazos de Sánchez; de manera que volvemos á anudar el hilo de esta historia en el momento en que la Chata y Amalia después de haberse dejado de ver algunos años han vuelto á ser las amigas de colegio.



CAPÍTULO IV.

EMPIEZAN Á PREPARARSE LAS
BORRASCAS DEL CORAZÓN, EN UNA
DANZA.

A Chata acabó de decir á Amalia cuanto al caso venía referente á Ricardo, el jóven por quien tanto se interesaba.

—Ya convendrás en que es necesario, decía Amalia, que le dé á ese joven una cumplida satisfacción, pues en ningún caso desearía yo pasar por una persona de mala sociedad.

—Es cierto, pero...

—¿Otra vez peros?

—¡Qué quieres! siempre he creído que Ricardo es un hombre peligroso.

—¿Y no sabes también que yo soy una mujer discreta, una persona prudente, una mujer de mundo?

—Todo eso está muy bueno, y no te niego tus prendas; pero esto va á complicarse.

—Sea lo que fuere, es indispensable que ese joven venga.

—Supuesto que así lo quieres, sea; pero me lavo las manos; tuya será la responsabilidad.

—La acepto.

—Pues no pierdas tiempo; Sánchez no viene hoy á comer.

—¿No?

—Está de Tívoli con los diputados, y ya sabes que en casos semejantes..

—Sí, ya sé; viene á la una de la noche, si acaso.

—Por lo mismo apresúrate.

—¡Amalia...! dijo todavía la Chata en tono suplicante.

Amalia hizo uso de su más expresivo gesto de enfado, y la Chata salió de la sala.

Cuando Amalia estuvo sola, se levantó de su asiento; se animó su semblante como al influjo de una felicidad desconocida; se paró frente á un espejo, y se contempló por largo tiempo.

Fué estudiando uno á uno, estos pequeños detalles, que son como los pétalos, los pistilos y los estambres de la flor de la hermosura; ni un solo fístol se había descompuesto; todo permanecía en su lugar y cumpliendo fielmente su misión; el cold-cream había refrescado el cútis en todo el transcurso de la noche, y las pequeñas huellas del tiempo, esas incisiones en forma de líneas que empiezan á dibujar al viejo, esas pérfidas sinuosidades que el de la guadaña hace como con las uñas en el rostro de la más dura de las matronas, estaban robando á la grasa, á las preparaciones del tocador, las moléculas milagrosas que saben prestar una vida ficticia, galvánica á las epidermis marchitas.

Los profusos rizos que sombreaban la frente de Amalia, no habían perdido el brillo grasoso; también aquellos cabellos muertos, sin sávia y sin calor, estaban prestando su servicio póstumo, volviéndose á agrupar en graciosas ondulaciones; solo que en vez de sentir en sus tubos correr sus jugos propios, y que ahora conservaban secos en su modificación, estaban también disfrazados de vivos, con una máscara de pomada de heliotropo, y cumpliendo con el deber de hacer soñar al hombre, de hacerlo sonreír, de atraerlo hacia la portadora de esos restos mortuorios.

El corsé, un magnífico corsé de madama Favre, había trazado, como con la varilla mágica de la estética, las líneas clásicas del seno turgente; y debajo de esa encantadora ondulación, apuntalada con barbas de cetáceo, se dibujaba la curva entrante á espensas de la presión de las costillas falsas, y de una transformación anatómica interior, verdadera tiranía de la mujer contra su propio organismo, culto tormento del refinamiento

y de la inflexible ley de la escultura clásica.

Y no se crea que Amalia, en cuya conciencia podrían caber muy bien las anteriores apreciaciones, era la víctima resignada de sus tormentos, no; Amalia estaba triunfante, resolviendo satisfactoriamente el problema de las apariencias; Amalia confundiendo lo que le pertenecía con lo que debía pertenecerle, se engañaba á sí misma con una facilidad de que solo es capaz una mujer; estaba de acuerdo con sus propias correcciones y sin esfuerzo aceptaba aquella segunda naturaleza, merced al precioso recurso del refinamiento.

Amalia, atrapando con artificiosas redes á la juventud que huía, á la juventud que la había abandonado ya, se engalanaba con los laureles de su triunfo; un «*todavía*» pendiente de sus labios pintados con carmín, la impulsaba á formar, aunque de las últimas, en las filas de la juventud loca que va corriendo tras de los placeres.

Dió un giro en escorzo para ver en el es-

pejo la parte que de su falda dejaba arrastrando; y recorriendo con la vista esa línea oblicua y ondulada que traza una mujer desde la alfombra hasta la flor que se sembró en el *crepé* de su copete, Amalia se encontró irreprochable y se puso contenta de sí misma.

Después, y como el general que se asegura una vez más de las municiones de reserva, se levantó la falda para verse los piés.

Estos estaban calzados con unas preciosas botas de cabritilia abronzada, cerradas con pequeños botones de pasta y terminando en dos graciosas borlas que, suspendidas, jugueteaban á cada movimiento.

La estatura de Amalia era favorecida en cuatro centímetros, merced á los tacones sobre los cuales anda hoy la mujer en este mundo, puesta de puntillas para que la vean mejor.

Las flores de la categoría de Amalia, son verdaderas flores de salón, que viven en su invernáculo: nunca las busqueis en las ha-

ciendas ordinarias y groseras, nunca creais hallarlas de día sinó al través de un velito de punto ó bajo un sombrerito que les cubre la frente y les sombrea los ojos; nunca pretendais analizarlas á la luz del sol, porque son flores crepusculares y nocturnas.

Buscadlas de día iluminadas por un rayo de luz, que se ha tomado la molestia de pasar un cristal, dos cortinas de musolina y un *transparente*; buscadlas donde haya gas hidrógeno y allí contempladlas á vuestro sabor; allí es donde os invitamos á comulgar con ruedas de molino; allí es donde desafiamos vuestra penetración y vuestra impresionabilidad; allí es donde el enemigo está en su terreno y donde os provoca y os ve de frente, como los pintos en el Sur, como los serranos.

Allí es donde conoció Ricardo á Amalia: en un baile; más todavía, bailando; más aún, bailando una danza.....

La danza ha llegado á la categoría de salvoconducto, ya se le considere como transacción ó como simple entretenimiento.

Bailando con Amalia fué cuando Ricardo experimentó el primer síntoma.

Hay un aroma de moda que se llama:

Ilang-Ilang.

Este aspiró Ricardo.

Hay más.

A Ricardo le pareció muy ligera Amalia.

Se lo dijo.

Amalia seguía bailando sobre las puntas de los piés, los cuales parecían dos pichones blancos que pisoteaban las flores de la alfombra.

Tenemos idea de que esto de los pichones, á propósito de los piés, lo ha dicho José María Ramirez.

No le hace: prohijamos la imagen y la acariciamos.

Amalia bailaba perfectamente.

Ya hemos dicho en otra parte que en este mundo, armónico por excelencia, la música tiene un prestigio sobrenatural y presta importantísimos servicios al niño de la aljaba.

La vibración de los sonidos establece, no

hay duda, relaciones misteriosas y de un género íntimo con las vibraciones nerviosas: ¡he aquí una armonía!

El termómetro del corazón no es tan sensible al calor como á la música: ¡armonía!

El amor estático se desarrolla como los árboles, á grandes periodos: muévasele como el boticario que emulciona un droga; póngase en movimiento acompasado á un novio y resultará la ebullición.

Hay más: trasladad á la mujer del tocador al salón, en donde hay un indiferente que... que está allí; contad con que en la primera mirada va ese fluído magnético que se llama simpatía; entonces la mujer y el hombre, después de verse se miran, después se observan y después se estudian.

A este punto resuenan las notas subversivas de una danza: el hombre en virtud de una dulce transacción social muy aceptable, se atreve á pretender de la mujer todo esto de buenas á primeras:

—Señora, voy á permitirme rodear la flexible y encantadora cintura de usted con

mi brazo derecho; á tomar en mi mano izquierda, la manecita de usted; á colocarme tan estrechamente que pueda beber su aliento embalsamado, y percibir qué clase de pastillas usa usted para aromatizar el aire que sale de sus pulmones; no será extraño que mis patillas, que como usted ve, las llevo peinadas á la Maximiliano, toquen la delicada epidérmis de usted y le hagan cosquillas: en una palabra, el destino tiene la bondad de ponernos *vis á vis* en el primer momento de encontrarnos en este valle, que no tengo motivos para llamar de dolores, como algunos quejosos.

Todo esto traducido en idioma de salón, se dice así:

—¿Tiene usted la bondad de bailar conmigo esta danza?

Con esta traducción la cosa cambia completamente; y la señora se abandona bondadosamente en brazos del caballero.

Todo esto, ni más ni menos, le sucedió á Amalia y á Ricardo.

Una vez colocado Ricardo en tan venta-

josa posición, en la posición que hemos procurado describir, le quedaba aún espedito el uso de la palabra; esa preciosa prerogativa del hombre, y no así como quiera, no la palabra parlamentaria, ni la palabra común y corriente; sino las *palabritas*, que entre todas las que dice el hombre, son las que mejor le salen.

¡Hé aquí un momento indemnizador! ¡he aquí el oasis de las palabras-prosa, de las muchas palabras-paja, de las palabras-desierto! ¡hé aquí la enhorabuena de haber venido al mundo!

¡Oh bienhadado predicamento! ¡oh dicha! ¡oh expansión! Todo se da de barato en el tal valle de lágrimas, con tal de llegar á esto:

¡A decir *palabritas*!

Ricardo estaba en esta envidiable posición.

Cerca, muy cerca de la orejita de Amalia estaba la boca de Ricardo.

Los nervios de la lengua de éste, estaban experimentando una inquietud desesperan-

te. ¿Cómo no hablar y cómo hablar en tal situación otra cosa que palabritas?

—¡Que bien baila usted! dijo Ricardo.

—No señor.....

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban á los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oído de Amalia, se pasaban á lo largo exponiéndose á que las atrapara algun concurrente. Estas palabras, en su carácter de *palabritas*, no dejaban lugar á duda, una vez casi todas las que pudimos oír eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divina! ¡linda! ¡encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.



CAPÍTULO V.

—
AMALIA, COMO LOS
GENERALES, DA LA PRIMERA ACCIÓN
QUE SE LLAMA «RECONO-
CIMIENTO.»



AMALIA, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los transparentes de los balcones y se sentó á esperar.

Al cabo de una hora se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asiento para recibir al recién llegado.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1425 BOSTERLY, GENNY